

CAPITULO III.

Colócase la Santa Imágen en el Templo mayor de México dedicado al Dios de la Guerra Huitzilopostli, y hace Dios el primero milagro, que hasta el día se repite por medio de ella é intercesión de su original, de enviar agua quando para ello se implora su poderoso Patrocinio.

18. **D**espues de haber entrado á México el invicto Cortés y sus Españoles, pasados los trámites de su recibimiento y admiracion que causó á aquellos vecinos la primera vista de aquellos hombres blancos y de barba prolongada, vestidos y montados, y despues de aquellos cortejos obsequiosos, que no faltan en las Personas Reales con los extrangeros, aunque de distinta religion, viendo aquel Héroe que el Emperador Moctezuma y los Caballeros de su Corte estaban mas sociables con él, y que en los dias de sus principales fiestas asistian al Templo en donde sacrificaban los cautivos, sintiendo altamente aquella bárbara costumbre, y confiado en el buen indole y suave condicion de aquel Monarca y en la inclinacion que le manifestaba, se resolvió á repetirle con mas entereza y energia los dogmas de nuestra Católica Religion, representándole vivamente lo ajustados que eran á la Ley natural y necesidad precisa de profesar esta Religion para alcanzar las eternas felicidades. Hizole ver lo disonante que era en una persona de sus talentos y fina politica rendir adoraciones á aquellas falsas Deidades, y repugnante á la humanidad aquella bárbara costumbre de sacrificar les víctimas humanas, á que les inducia el Demonio (a quien adoraban en aquellas estatuas) enemigo jurado de la naturaleza humana. Como aquel Monarca estaba adornado de unos sobresalientes dotes naturales, aunque Gentil, no

dexó de comprehender la fuerza de la verdad. Empero, habiendo oído con grande reposo al General Español, le representó los inconvenientes que pulsaba para abandonar la religion de sus mayores, y abrazar una nueva que él y sus vasallos ignoraban. Representóle con bien ponderadas razones el peligro evidente en que lo ponian á él, y á que se exponia el mismo Cortés y sus Españoles si se demoliesen los Idolos, como pretendia con zelo católico aquel religiosísimo Capitan, (no con fanatismo como dicen los extrangeros) sobre que tuvieron una larga conferencia; pero estrechando éste al Emperador con razones y argumentos á que tal vez aquel Monarca ó no hallaba solucion, ó por no contender mas, arrancando del pecho un fuerte suspiro le dixo: " Que hiciese lo que gustase, y si algun mal le venia no se quejase de él, porque le hacia saber que él y sus Castellanos morirían luego, porque los Indios les quitarian la comida y harian la guerra sin ser él para impedirlo." El zelo de Cortés que mas parecia de un Apóstol que de un Militar, y su intrepido corazon que jamas le vió el rostro al temor, le hicieron responder á Moctezuma " que nada podrian contra él los Indios por tener de su parte al verdadero Dios, cuya Imágen y de su Santísima Madre queria colocar en el Templo mayor, pues por su virtud tendrian buenas sementeras y demas bienes que atribuian á sus falsas Deidades."

19. Concluido este razonamiento, y sin perder instante de tiempo en esta resolucion, mandó limpiar y purificar de la sangre de los inmundos sacrificios un lugar en lo mejor del Templo idolátrico. Aderezóse y levantóse un Altar, en donde mandó á Juan Rodriguez de Villafuerte, uno de los trece Capitanes nombrados en los Bergantines para la rendicion de México, colocase la Imágen de un Crucifixo y de la Santísima Virgen, y de ahí infieren los Autores ser este el Portador Mariano que de la antigua España á la nueva conduxo este sagrado tesoro. Acompañaron á este religioso acto con tierna devocion y en ordenada Procecion todos los de Cortés, entonando los que lo

sabian el *Te Deum*, y el Gefe vestido de gala, y derramando muchas lágrimas de regocijo hizo un devotísimo fervoroso coloquio á las Santas Imágenes. Los Indios asistieron como pasmados á todo sin desplegar sus labios, y tan quietos como si tuvieran las manos atadas; bien que los Españoles no llevaban las suyas desprevénidas para qualquiera ocurrencia. En estos términos refiere el P. Torquemada en el capítulo LIII del l. IV part. I de su Monarquía Indiana este heroísmo christiano de aquel incomparable Conquistador, pues aunque otros Autores asientan que Cortés derribó los Idolos, y que con la Imagen de la Santísima Virgen se colocó una Santa Cruz, no es compatible con la política y sagacidad de aquel Gefe en esta ocasion una tan irritante violenta deliberacion. En fin Cortés mas ufano y glorioso en este triunfo, que en quantos le coronaron despues victorioso de estos Gentiles, se fué adonde estaba Moctezuma, vertiendo en su semblante satisfacciones; y este político Monarca, disimulando el pesar que ocultaba en su corazon, le recibió placentero. Empero atribuyendo el agravio que consideraba inferido á sus Dioses, y ajamiento de su real autoridad á una casa de públicas rameras (cuyo número pasaba de quatrocientas) situada en el barrio de Tlatilulco, ordenó se deshiciese diciendo: "que aquellos pecados públicos eran causa del ultrage que recibian sus Dioses." Como si fueran menores, siendo mas horribles y mas enormes los de adorar al Demonio en aquellas espantables estatuas de sus Idolos, y sacrificarles racionales.

20. A pocos dias de haber aquel religioso Capitan asaltado al comun enemigo en sus mismos atrincheramientos, y fixado en ellos el triunfante estandarte de nuestra redencion, vinieron á él muchos Indios cargados de cañas y mazorcas de maiz casi secas; y muy resentidos, con ponderadas razones le representaron que por el desprecio de sus Dioses estaban tan irritados que les habian retirado las aguas: que sus sementeras se les secaban y perecerian todos de hambre. Empero Cortés con la fe de un Elias, no

solo les persuadió á que estaba bien hecho lo executado, sino el que en prueba de que sus Dioses no tenian poder alguno, y que los bienes los daba solo aquel Dios que reyna en las alturas, á quien él y sus compañeros adoraban por ser el único verdadero Dios, les aseguraba á su nombre que de aquel dia al siguiente llovería, y estuvieran ciertos tendrian mejor año que jamas habrian experimentado, pues así se lo suplicarian él y sus compañeros á su Dios. Sonrióse los Indios burlándose de la propuesta promesa de Cortés, no solo porque absolutamente no habia indicios de que lloviese, sino que segun algunos Autores ya habia pasado el tiempo de las lluvias, y que aquellas cañas las traerian de tierras calidas para tener argumento de queja con Cortés. Los Autores que sienten eso van bien fundados, porque las lluvias acaban aquí en Octubre, y los Españoles, segun Torquemada, (1) entraron en México á 8 de Noviembre de 1519; de modo que habiendo pasado algunos dias, los Indios vinieron á reconvenir á Cortés maliciosamente pasado el tiempo de aguas, al entrar el invierno ó ya comenzado, que es aquí el tiempo de heladas y sequedad.

21. Sin embargo de esto Cortés comunicó á los suyos lo que habia pasado: exhortólos á que se doliesen de sus culpas, se reconciasen, si algunas enemistades habia entre ellos, avivasen la fe, y que á otro dia oyesen Misa, para que levantando el corazon á Dios implorasen juntos sus divinas Misericordias por medio de su Santísima Madre, enviando agua que ablandase el empedernido corazon de aquellos Gentiles, y conociesen su poder en las mercedes que les dispensaba á sus adoradores; y convenidos de que sus Dioses nada valian, confesasen la omnipotencia del Dios de los Christianos, abrazasen y siguiesen su Santa Ley. Dispuestos todos, con el mayor fervor que pudieron, asistieron á la Misa que celebró el exemplar y R. P. Fr. Bartolomé de Olmedo, del Sacro y Militar Orden de nuestra

(1) Prim. Part. l. IV. cap. XLIV.

Señora de la Merced, oficiando el V. Clérigo Padre Juan Diaz con otros que le ayudaron. Comulgo Cortés y muchos de su comitiva con gran devoción y lágrimas, pidiendo á Dios no mirase su demérito, sino la mayor honra y exáltacion de su santo Nombre. ¿Quién no admira en unos Militares en tierras gentílicas, distantes dos mil leguas de la Metrópoli, y de consiguiente de superiores respetos y sujecion, esta religiosidad mas de unos Monges conventuales que de unos tan valientes Soldados? Este fervor de unos Anacoretas, esta fe de unos Profetas en unos Conquistadores. . . Se me suspende la pluma á la admiracion de que algunos extrangeros no ignorando tanto heroismo christiano y militar de aquel incomparable Capitan Conquistador, mojen á cada periodo la pluma en sangre para hacer las mas ponderadas exclamaciones contra su conducta y la de los demás Españoles. ¿Con qué negras tintas delinean, ó mas bien borran ú obscurecen el retrato de aquel Heroe, que á pesar de la emulacion y envidia se halla colocado en muy superior nicho en el Templo de la fama! ¿Adonde está la imparcialidad que decantan los nuevos Filósofos quando para un Raynal, para un Rober-son, para un Montesquieu y otros Filósofos modernos, no pasó Español á la Conquista de América que no fuese un monstruo en iniquidades? Todos para estos Filósofos (en el nombre, no en la realidad) fueron unos hombres malvados, ladrones, verdugos, asesinos y devoradores de la humana especie. ¿O dichosa España que no os quedó un hombre siquiera malvado! Todos, todos fueron expelidos para la América; pero ¿ó valgame Dios! ¿Qué abuse tanto la audacia con nombre de Filosofia del silencio y tolerancia de una Nacion sobre todo encarecimiento gloriosa! ¿Que á cada paso se nos insulte y provoque por aquellos que tienen tanto, tanto por qué callar para que no se les saquen los colores á la cara, si acaso tienen rubor de sus inauditas atrocidades en este mismo Continente Indo-Americano! Ya se ve que no son ellos los que hablan, sino el odio á la Religion católica, y la envidia á la siempre triun-

fante Española Nacion, como se manifiesta en cada cláusula y periodo de estos Pseudo-Filósofos, lo que demostraria si fuera este lugar de Apologias. Dispenseme esta corta digresion, adonde involuntariamente han hecho correr la pluma la justicia, la razon y la verdad, que defenderia aunque hubiera nacido en Peking.

22. Acabada la Misa que se celebró con el Cielo raso, y despejada la atmósfera, y limpia aun de la mas pequeña sombra, observaron que comenzó á cubrir el cerro de Tepeaquilla (hoy venerable y famoso Santuario de la Guadalupeana Maria) un nublado muy condensado y obscuro, y que instantaneamente se desbarato en tan copiosa lluvia, que descargando con mas fuerza improvisamente en la Ciudad, no dió lugar á los Españoles de retirarse á su alojamiento, aun estando tan cerca del Templo mayor de Huitzilopostli, sin ir bien calados del agua, pero tan devotamente rogados como reconocidos á la merced que se les habia dispensado por medio é intercesion de aquella fecundísima Virgen que fertilizó al mundo con el riego salutarifero del humamado Verbo, y libertándolo de la muerte que le originaba la esterilidad de la culpa, lo hizo florido huerto de sus delicias. Llovió todo aquel dia y otros muchos, con lo que el año que seguía, fué de los mas abundantes que jamas tuvieron, y de que dieron los Españoles muy rendidas gracias á Dios, y los Indios callaron admirados del prodigio, pero no convertidos. Moctezuma fué el que mas manifestó su admiracion. Alegrose y holgó con los Españoles; pero viendo Don Fernando Cortés que no pasaba aquella admiracion de lo exterior, y conociendo ser la mas oportuna ocasion para hablarle sobre puntos de religion (centro adonde se dirigian todas sus lineas) hizo congregarse á los Grandes de su Corte y Sacerdotes de sus Idolos, y en una Plática mas de un Apóstol que de un Militar peroró en defensa de la Religion Católica, y en contra de la falsa que los Indios profesaban, con tal facundia, verbosidad y eloquencia (que era connatural en él) que los Indios si no quedaron convertidos, sí convencidos,

pues el punto tan interesante que trataba inflamó su ánimo de modo, que si á unos no detuviesen sus particulares intereses, y á su Monarca las razones de estado, desde luego hubiera logrado sus principales intentos. Empero consiguió por entónces que en público no volvieron á sacrificar racionales.

CAPITULO IV.

De otros estupendos milagros que obró Dios por medio de la Imagen de su Santísima Madre.

23. **Q**ueda manifestado en el antecedente capítulo lo milagrosa que fue aquella imprevista agua que Dios envió por las rogativas hechas á su Divina Magestad por medio de la Santa Imagen de los Remedios. Que esta Imagen que en el día con esta advocacion veneramos sea la misma que se colocó en el Templo idolátrico, se demostrará en el discurso de esta Obra, siendo tan antigua la gracia de dar agua siempre que por medio de ella se le pide á Dios, sin que jamas haya faltado una vez. Interin llegamos á la comprobacion de este milagro continuado por mas de dos y medio siglos, referiremos el que experimentaron los Indios, y otros que publicaron despues.

24. Habiendo mudado de aspecto en México á D. Fernando Cortés, aquella para los antiguos enigmática fortuna, hado, acaso ó suerte (no siendo verdaderamente sino la voluntad de Dios que lo dirige todo por caminos ocultos á la comprehension humana para obrar segun su inmensa Sabiduria al fin que tiene determinado su Omnipotencia) que habia tenido favorable hasta que salió de esta Capital con motivo del arribo de Panfilo de Narvaez á Nueva España para quitarle el cargo, y remitirlo aprisionado á la Isla Española de órden de su Gobernador Diego de Velazquez: fuera por lo mal que los Mexicanos llevaban la prision simulada en que se hallaba el Emperador Moc-

tezuma, fuera por el ultrage que recibian sus Dioses, ó porque el Demonio por medio de estos los estrechaba á que acabasen con los Españoles, ó fuese en fin por el estrago que en los principales Señores executó Alvarado en aquel bayle, que segun fue informado, se habia dispuesto cautelosamente para quando mas divertidos estuviesen los Españoles dar sobre ellos, y acabar con los pocos que habia dexado Cortés en México; que por cada una de estas causas discurren los Autores, ó fuese por todas ellas, lo cierto es que en el tiempo en que con tanto teson combatia la multitud de Indios el alojamiento de los Castellanos (despues del regreso de Cortés á Mexico) irritados contra ellos y todo quanto á ellos pertenecia, pretendieron quitar con violencia la Imagen de la Santísima Virgen del Templo mayor, en donde como diximos, la habian colocado los Españoles. Subieron coléricos y furiosos á derribar la Santa Imagen; pero aunque lo intentaron repetidas veces no pudieron conseguirlo, pues á unos se les entumecian las piernas y caian precipitados por las gradas abaxo, y á otros se les entorpecian los brazos sin serles de provecho para nada. Irritados mas con este inopinado prodigio, discurrió su saña que no podia resistir á la fuerza de muchos la Santa Imagen, y así le echaron maromas y comenzaron á tirar de ellas quantos pudieron reunirse. Otros que preciaban de mas forzudos afloxando las cuerdas de los arcos la enlazaban con ellas, y con todo el vigor que les daba su irritada ceguedad hacin tiro para lograr su bárbaro sacrilego intento. Pero ¡ó prodigios de la poderosa mano que se oponia á su ciega rabia! pues á unos y á otros se les pegaban las manos ya en las maromas y ya en los arcos, de modo que no podian desasirlas, hasta que atónitos de resistencia tan superior en aquella tan pequenita Imagen, corridos y avergonzados hubieron de desistir de su bárbaro intento.

25. Al siguiente día se repitieron los milagros de la Santísima Imagen con no menores portentos. Habiendo cargado Meza el Artillero mayor una pieza de campaña,